



www.loqueleo.santillana.com

1904 vacas

© Del texto: 2015, María Cristina Aparicio

© De esta edición:

2015, Distribuidora y Editora Richmond S.A.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono (571) 7057777

Bogotá – Colombia

www.loqueleo.santillana.com

• Ediciones Santillana S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires

• Editorial Santillana, S.A. de C.V.

Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,

Delegación Benito Juárez, CP 03240,

Distrito Federal, México.

• Santillana Infantil y Juvenil, S.L.

Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-743-428-6

Impreso en Colombia

Impreso por Editorial Delfin Ltda

Primera edición: octubre de 2015

Dirección de Arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Diseño de cubierta:

Juan Manuel Bernal

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

MARÍA CRISTINA APARICIO



MIL

NOVECIENTAS CUATRO

VACAS

La mirada de Toti

El mayor problema de Toti ha sido siempre su mirada; esa mirada altanera y desafiante que le ha ganado enemistades, expulsiones y más de cuatro cachetadas. Es sencillamente una mirada y, aunque no hay ninguna ley contra las miradas, la gente se toma muy en serio la suya. Como si en los ojos de Toti encontraran verdades que no les gustase reconocer.

Ahí está, por ejemplo, la fotografía de cuando hizo la primera comunión hace seis o siete años. Vestido blanco, coronita de flores en la cabeza y su típica mirada insolente y de disgusto que acompaña con brazos cruzados, labios fruncidos y, bien en alto, la nariz respingada que heredó de la familia de su padre.

¿Qué le molestó tanto ese día? No lo podía explicar entonces porque era niña. Ahora sabe que no soportaba ver a su madre humillarse, intentando que el apartamento luciera perfecto para agradar a las tías del lado paterno, a quienes jamás se les habría ocurrido visitarla. Pero se trataba de la primera comunión de la pequeña y tuvieron que confirmar su presencia.

Pensando en esas invitadas, la madre se endeudó en un juego de sala y en una pintura que compró en la feria de *hippies* del parque; una pintura de montañas que en lugar de verdes eran moradas, azules y naranjas. Creyó que ese cuadro haría que su casa luciese elegante y moderna. Sin embargo, hasta la hija pudo notar que la obra gritaba —más bien chillaba— que era una burda imitación sin alma. Toti sintió pena por su madre y la miró con cariño.

8 “Hola, María Josefa. Qué hermosa estás. Como un angelito”. Las tías entraron. Vieron la pintura nueva en la sala y, por sus gestos retorcidos, la niña intuyó lo que opinaban de su madre y no decían: que el hecho de haber engatusado al hermano y engendrar dos hijos con él no le habían quitado la ridiculez y el mal gusto a esa mujer.

Si hubiese sido por ella, Toti se les habría lanzado encima para clavarles los dientes hasta verlas sangrar. Pero como le habían enseñado a golpes que un comportamiento así de sincero era inaceptable, no le quedó más que atacar a aquellas bestias con la mirada. Y no soltó a sus presas hasta que se sintieron incómodas. Trataron de colmarla con elogios hipócritas, le entregaron sus regalos y le prometieron más. Toti no aflojó. A las tías ni siquiera les pasó el pastel por la garganta. Se fueron pronto luego de explicar que tenían dolor de cabeza; un dolor que era real, provocado por aquella mirada en donde se vieron reflejadas como un trío de diablos deformes.

Podría parecer exageración todo esto, pero bastará con decir que únicamente por culpa de una de sus mira-

das Toti tuvo que irse de su casa. Ocurrió más o menos un mes después de la muerte del hermano.

Durante el transcurso de ese tiempo, madre e hija habían evitado mirarse la una a la otra. Se dirigían las frases estrictamente necesarias. Como si de esa manera trataran de no despertarse, de mantenerse en un estado de engaño y sonambulismo. De todas maneras, el ambiente era tan tenso como el interior de un globo que se va inflando de helio con lentitud. Más y más helio. Hasta la explosión.

Estaban desayunando cuando sonó el teléfono. En cuanto reconoció la voz del abogado, la mamá acomodó su voz más lastimera. “¿Inocente? ¡¿Cómo puede ser posible?! ¿Nadie tiene compasión por una familia que sufre? El asesino de mi hijo tiene que pagar... Haga algo, doctor. Tenga piedad de mí”.

Toti venía soportando las mismas frases durante las últimas semanas y la paciencia no le daba para más. La madre colgó el teléfono y se encontró con la mirada de su hija. La muchacha no dijo ni una sola palabra, pero la madre leyó en sus ojos la verdad: “¿A quién pretendes engañar, mamá? A Nicolás lo mataste tú. Lo demás son patrañas”.

La mujer lanzó con furia su taza contra la pared. Pudo haber abofeteado a Toti o haberle dicho el consabido: “Tienes la maldad por dentro; eres igualita a tu padre”. Pero se limitó a gritarle: “¡No quiero volver a verte en la vida!”.

¿Un castigo demasiado duro por una simple mirada? Toti nunca había visto a su madre tan decidida. Apenas

la vio irse, la joven se sintió intimidada en ese lugar que por primera vez hallaba ajeno y acusador; tomó su mochila, empacó la vieja gorra que perteneció a Nico, un par de mudas de ropa básica, y abandonó la casa.